

ej. p. 114) y dirigida principalmente a la solución de los problemas planteados por las circunstancias del tiempo de Jesús (cfr. p. 125), aunque P. Lapidé vea en su enseñanza, como ya he dicho, la clave válida para toda la historia humana.

Paralelamente, aunque es constante y sostenida la profunda admiración y simpatía por Jesús, al no plantearse P. Lapidé —al menos explícitamente— que pueda ser el Mesías, la valoración global se ve limitada a encuadrar a Jesús de Nazaret en el marco de uno de los más relevantes rabinos de todas las épocas, con las evidentes repercusiones universales ya mencionadas, y cuya personalidad extraordinaria hay que recuperar para el legado y la historia del judaísmo. En esa perspectiva, en opinión de Lapidé, si el estamento oficial contemporáneo de Jesús, o el de cualquier otro momento, lo rechazó, o lo sigue recusando, eso es culpa de tales sectores hebraicos y constituye un error que deberían rectificar (cfr. pp. 60-62, *passim*). Pero nuestro A. no ha calado en las exigencias de fe que presentan las palabras de Ioh 20, 30-31.

Como *Epílogo*, P. Lapidé concluye con fuerza que la enseñanza de Jesús en el Discurso de la Montaña no es una utopía, sino, todo lo contrario, un excelente programa de acción en el interior de la persona y en las relaciones a todos los niveles de los colectivos humanos, que los hombres haríamos bien en adoptar, y en la que deberíamos fundamentar el Derecho (cfr. pp. 137-142). Si los hombres pusiéramos un poco de buena voluntad y de atención para aplicar el Discurso del Monte, se podrían evitar y superar los principales y fontales males del mundo, desde la violencia a la guerra y a la indigencia de individuos y pueblos.

Al terminar la lectura de P. Lapidé, me vienen a la cabeza y al corazón las palabras que Jesús dirigió a aquel buen escriba: «Non es longe a Regno Dei» (Mt 12, 34).

José María CASCIARO

Gerhard LOHFINK, *La Iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana*, Ed. Desclee de Brouwer («Cristianismo y sociedad», 12), Bilbao 1986, 208 pp., 13,5 x 21.

El profesor de Nuevo Testamento en Tubinga manifiesta, desde el prólogo de esta obra, lo que piensa acerca de los comienzos de la Iglesia: «Lo diremos con palabras rotundas: Jesús no podía fundar una iglesia, pues ésta existía ya mucho antes de que Jesús apareciera en Palestina. Esa iglesia era

el Pueblo de Dios, Israel. Jesús se dirige a Israel. Quiere reunirlo ante la inmediata irrupción del Reino de Dios, y hacerlo verdadero pueblo de Dios» (p. 7). Para él carece de importancia si fundó formalmente una Iglesia o no lo hizo; sólo le parece interesante analizar las características de la comunidad que se fue formando junto a El, en torno a su predicación, como inicio de la congregación de Israel que había venido a realizar. Considera Lohfink este primer grupo de Israel reunido por Jesús como una sociedad de contraste y alternativa en medio del mundo; ese es el sello que le imprimió Jesucristo, y así vivió la Iglesia desde sus comienzos. Por tanto, «la tarea decisiva de la Iglesia consiste en edificarse a sí misma como sociedad de contraste en el mundo, como espacio de la soberanía de Cristo en el que el amor fraterno es ley de vida» (p. 156). De este modo cumplirá lo anunciado acerca de la peregrinación de las naciones (cfr. Is 60, 2 ss.); «el pueblo de Dios crece, sin practicar la misión, mediante la fascinación que irradia en la sociedad. La Iglesia es sencillamente *signo eficaz* de la presencia de la salvación de Dios en el mundo» (p. 157).

El autor es un escritor hábil. Y en una obra de teología bíblica como es ésta va presentando sus convicciones al hilo de los textos del Nuevo Testamento y, a veces, de la literatura patristica más primitiva. En general, el lector aceptará sin reparos los comentarios a cada uno de los textos que aduce el autor. Pero si se hace una relectura crítica del conjunto se puede apreciar que la selección de textos aducidos no es completa y que se ignoran pasajes importantes; también es manifiesto que en los comentarios hay tendencia a subrayar preferentemente determinados aspectos, soslayando otros. El resultado final es que uno se encuentra ante unos datos ciertos, pero parciales, que, a nuestro juicio, ofrecen una presentación deformada de la predicación de Jesucristo acerca de la Iglesia.

Pensamos que este trabajo del profesor de Tubinga está fuertemente condicionado por tres factores: a) el afán de tomar muy en cuenta todas las cuestiones de crítica literaria de los textos utilizados, b) la experiencia de fe vivida por el autor en una comunidad, y c) el empeño en mostrar la continuidad entre Israel y la Iglesia. Hay mucho de laudable en estos postulados; sin embargo, su influencia en el conjunto de la obra y en su validez, no siempre es plenamente positiva.

Frente a los exegetas que mantienen posturas radicales contra la historicidad de los Evangelios, y especialmente de las intervenciones extraordinarias del poder divino, Lohfink afirma que «no hay razón alguna para que no tomemos completamente en serio las milagrosas sanaciones neotestamentarias. Parece que Jesús curó enfermos en numerosísimas y variadas situaciones. Precisamente, sus curaciones le hicieron rápida y extraordinariamente

famoso en todo el país» (p. 22). En otro momento defiende la autenticidad pre-pascual de las palabras de Jesús transmitidas en Mt 11, 21 ss. (par. Lc 10, 13 ss.). Y también rechaza, como plenamente injustificado el escepticismo de algunos ante la historicidad de las palabras de Jesús en la Última Cena. En cambio, en otras ocasiones, y sin justificar los motivos, no tiene inconveniente en hablar de interpolaciones post-pascuales en algunos dichos de Jesús para adaptarlos mejor a supuestas situaciones existenciales de las comunidades (cfr. por ejemplo, p. 51 acerca de Mc 10, 29 ss., y p. 127 sobre Mc 10, 42-45). Aunque reconoce la autenticidad de la mayor parte de los dichos de Jesús, niega el carácter histórico del Sermón de la Montaña, al que considera como un marco redaccional para presentar una selección de discursos tomada de la hipotética Fuente de los Logia (cfr. p. 46).

Otro factor que consideramos importante en la configuración del pensamiento del autor, y muy influyente en su teología, lo apunta él mismo en el prólogo: «Me siento deudor, sobre todo, de los miembros de mi comunidad. Comenzamos en Rottenburg como un grupito minúsculo. Desde entonces, hemos crecido mucho. Sin la magnífica experiencia de nuestra fe vivida en comunidad, este libro no habría llegado a existir» (p. 8). Parece que Lohfink está tan encandilado con su experiencia comunitaria que en ocasiones, más que investigar desinteresadamente cómo es la Iglesia de Jesucristo, parece empeñado en formar con textos del Nuevo Testamento y de los primeros siglos un retrato de su propia comunidad. Posiblemente su amor a la vida comunitaria esté en la raíz de la crítica irónica que dirige contra la atención personalizada de los fieles (cfr. p. 12) y en sus ataques a lo que suponga un reconocimiento de lo que hay de individual en el trato con Dios, como puede ser la consideración del pecado como ofensa a Dios antes que a la comunidad (cfr. p. 117), o la necesidad de la renovación interior individual del cristiano (cfr. p. 139).

El tercer factor que, como habíamos advertido, pensamos que condiciona su concepción de la Iglesia es la insistencia en la continuidad entre Israel y la Iglesia de Jesucristo. El profesor de Tubinga hace una presentación sugerente y profunda de esta realidad, pero no marca bien los límites de separación ni el avance realizado por Jesucristo en la Revelación, que proporciona a la Iglesia unas características específicas que no tiene Israel. Da a entender que el hecho de que Jesucristo centrara su tarea en el círculo de sus discípulos vino motivada simplemente por la negativa de Israel a secundar su llamamiento (cfr. p. 38).

Llama la atención que la presentación de la Iglesia como nuevo Israel no sea completada por otros datos que suministran los propios Evangelios. Señalemos, por ejemplo, que los pocos pasajes evangélicos en los que apare-

ce la palabra Iglesia (*ekklesia*) son silenciados, entre ellos Mt 16, 18: «Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Nunca se citan, ni siquiera se alude a ellos, los textos que hablan del primado de Pedro ni de la potestad de atar y desatar que le fue prometida. A nuestro juicio estos textos tienen bastante que aportar sobre las enseñanzas de Nuestro Señor acerca de la Iglesia. Al ser absolutamente ignorados en todo el libro, se presenta una imagen de la Iglesia que, aunque tenga parte de verdad, es una grave deformación de la Iglesia que Jesús quería. También en otros lugares Lohfink parece recrearse en presentar con lenguaje agresivo los contrastes entre su interpretación personal del Evangelio y la Iglesia actual, tanto en la liturgia (cfr. p. 114), como en el ejercicio de la autoridad dentro de la Iglesia (cfr. pp. 128 y 132).

En resumen, consideramos que aunque este libro apunta algunas ideas valiosas para el teólogo, éstas quedan diluidas con frecuencia en un conjunto muy discutible.

Francisco VARO

Manlio SIMONETTI, *La produzione letteraria latina fra Romani e Barbari (sec. V-VIII)*, Istituto Patristico Augustinianum («Sussidi patristici», 3), Roma 1986, 246 pp., 16 x 22,5.

El libro que recensamos está pensado como un manual para los estudiantes de Patrología. Se trata, además, de un manual todavía en elaboración, un subsidio académico que necesita todavía los toques finales. Sin embargo, hay que decir que se trata de un libro sumamente interesante, de rigor científico considerable y realmente bien hecho. Como anuncia el título, Simonetti quiere ofrecer una visión de conjunto de la literatura latina cristiana entre el siglo V y el siglo VIII, más exactamente a partir de mediados del s. V (aproximadamente desde el pontificado de San León Magno), hasta un momento imprecisado que podríamos situar después de la muerte de San Beda. Por exigencias de concisión y de claridad, el Autor se ha limitado a los autores claramente latinos y ha excluido algunas regiones geográficas. El estudio se ciñe a cinco áreas del Imperio Romano: Africa, Italia, Galia, España (península) e Islas Británicas. Se podría pensar que, de este modo, se renuncia a la exhaustividad, ya que no se considera ni la literatura bizantina ni a los autores de otras áreas (p. ej. de Dalmacia o de Iliria). Entendemos que no es así, porque, aunque el libro se limita sólo a las regiones indicadas y, por cada región, a relativamente pocos autores, los apartados